

birregionales. Finalmente, el trabajo de Valle plantea que, en teoría, a mayores niveles de integración regional hay más capacidad de negociación interregional; sin embargo, el hecho de que una región logre «negociar con una sola voz» no es fácil, tal y como lo demuestra el proceso de negociación entre los miembros del MERCOSUR y las ampliaciones de la UE que se han producido durante el periodo de negociación. Además, se plantea que en el caso del MERCOSUR, ante las dificultades (o falta de voluntad política) para profundizar la integración, los liderazgos políticos adquirieron una enorme relevancia.

En conjunto, los tres libros ofrecen una excelente revisión del estado del regionalismo, la cooperación internacional y la gobernanza global, en un escenario mundial caracterizado por cambiantes equilibrios políticos y económicos. El mundo está cambiando lentamente hacia una estructura multipolar; existen una serie de retos con dimensión global y hay una interdependencia creciente. Por ello, este mundo requiere nuevas formas de gobernanza mundial que incluyan a diferentes tipos de actores, estatales y no estatales, públicos y privados; nuevas formas que permitan crear marcos regulatorios más creíbles, más efectivos y más legítimos.

Un ejemplo de gobernanza política: la política europea de energía

Francisco Pérez
Coordinador de proyectos, CIDOB

Morata, Francesc y Solorio Sandoval, Israel (eds.)

European Energy Policy: an Environmental Approach

Edward Elgar Publishing, 2012
234 págs.

Resulta paradójico, como señalan los autores, que un sector como la energía, que formó parte de los tratados fundacionales de la Unión Europea, haya tardado tanto tiempo (hasta la entrada en vigor del Tratado de Lisboa en 2009) en convertirse en una política plenamente «europea»; si bien la UE comenzó a hacer política energética desde los años setenta del siglo pasado, a través de la política medioambiental y del mercado interior. La política energética es, sin embargo, tal y como subrayan los autores, una política transversal «en construcción», con resultados inciertos, en constante tensión para satisfacer la trinidad a veces irreconciliable de seguridad de abastecimiento, sostenibilidad y competitividad económica. Necesita pues de una constante cooperación y coordinación de los Estados Miembros, aspecto este no resuelto ni en la dimensión externa del diálogo energético con

terceros países ni en la interna del mercado interior.

Una de las principales virtudes del libro, además de examinar la política energética desde un enfoque integrador y conciliador con las consideraciones ambientales, es la de abordar la complejidad y profundidad de una política con muchas aristas con un modelo simplificador que ilustra, en primer lugar, «cómo la gobernanza energética fue europeizada antes incluso de convertirse en plena competencia, a través de medidas de impacto ambiental» (a lo que se dedica la primera parte del libro) y, en segundo lugar, la proyección del modelo europeo en su vecindad a través de la exportación de normas y políticas (descrita en la segunda parte). El libro aporta, así, una visión completa no sólo del proceso de construcción de una política europea, sino también del proceso de construcción europeo mismo. Pues es en el límite entre integración y europeización, a veces difuso, en el que se mueven todas las políticas comunitarias, donde radica la esencia de la construcción europea. La aportación de Morata y Solorio se centra, no obstante, en considerar el proceso de europeización como componente de las políticas nacionales y no tanto en el proceso de adaptación de estas últimas a la integración.

En este análisis merece especial atención el capítulo 6, dedicado a la «europeización verde de la política energética». Una etiqueta sobre la que giran gran parte de las tensiones

presentes en el marco de la crisis económica, con importantes presiones de la industria para abandonar o diluir la orientación medioambiental en favor del viejo modelo productivo. Los autores de este capítulo, Solorio y Zapater, señalan y argumentan que «el estudio de la europeización de la política energética ha sido tratado marginalmente en los principales estudios de europeización». En un intento por cubrir este déficit, los autores repasan el conjunto de instrumentos de política energética desplegados en los últimos años en el ámbito europeo, con un enfoque propio del neoinstitucionalismo. A primera vista, el mercado interior y la dimensión medioambiental parecen los principales motores de la europeización de la política energética; sin embargo, Solorio y Zapater rebajan el alcance de tal europeización verde, y concluyen que sus méritos han sido más propios de instrumentos de *softlaw* (*green papers* y comunicaciones estratégicas), que han facilitado el debate y el consenso entre Estados Miembros, y del uso de regulaciones muy flexibles y adaptadas a los intereses nacionales.

La segunda parte del libro se interroga acerca de cómo la UE exporta los objetivos medioambientales, sin menoscabar el objetivo de la seguridad de abastecimiento. Resulta especialmente ilustrativo el caso de los nuevos Estados Miembros de Europa Central y del Este, países que han tenido que llevar a cabo una doble transición, económica y política, que necesariamente

ha afectado al diseño de sus políticas energéticas. Dobbins y Tosun señalan, en el capítulo 7, la diferenciación de estos países con respecto a la UE-15 en el uso intensivo de instrumentos de mercado para cumplir objetivos medioambientales por motivos de debilidad institucional e incentivos de captación de recursos. Más esclarecedor si cabe es el capítulo 8 de Herranz-Surrallés y Natorski, que analiza el impacto en la dimensión exterior de la política energética en la relación de la UE con los países del Este. El análisis propone tres modelos de diferente politización: propuestas de coordinación técnica e instrumentos de mercado, regulaciones y estándares europeos, así como acuerdos bilaterales y regionales. Las combinaciones de los tres modelos y su evolución dependieron de «la coherencia interna de la UE en formular sus prioridades y armonizar sus intereses políticos, económicos y medioambientales». Aunque, como reconocen los autores, las respuestas de los países a los incentivos de la UE dependieron más de sus propios cálculos internos (estabilidad política, recursos financieros, acceso a mercados europeos).

Por último, el libro concluye con la evidencia de que la política medioambiental ha sido un motor fundamental en la configuración de la política energética a escala europea; si bien en la dimensión exterior no se ha seguido la misma lógica, y ello plantea interrogantes sobre la trayectoria que seguirá la política energética europea, pues prioridades como

la seguridad de abastecimiento son indisolubles de esta dimensión. La política energética introduce, como dicen los editores, «un elemento de desorden en el escenario post-Lisboa» y plantea retos de coordinación entre políticas y equilibrios institucionales que pondrán a prueba la construcción e integración europeas.
